

La Guerra del Peloponeso. La estrategia de Pericles en el contexto histórico y su repercusión social.

JUAN JOSÉ NOÉ.

Cita:

JUAN JOSÉ NOÉ (2013). *La Guerra del Peloponeso. La estrategia de Pericles en el contexto histórico y su repercusión social*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/32>

LA GUERRA DEL PELOPONESO. LA ESTRATEGIA DE PERICLES EN EL CONTEXTO HISTÓRICO Y SU REPERCUSIÓN SOCIAL

Juan José Noé

Universidad Nacional de Rosario

juanjosenoe@hotmail.com

La invasión tebana de Platea es el episodio concreto con el cual Tucídides¹ da inicio al relato de la segunda Guerra del Peloponeso. La acción bélica promovida por la potencia de la Grecia central sobre su vecino débil no fue aleatoria sino que se dirigió a la misma Atenas que en razón de su histórica amistad se vio obligada a tomar parte en función de mediadora, buscando evitar quizás, la ruptura definitiva del tratado de paz firmado en la década anterior². El hecho en sí mismo operó como un disparador para cada bloque, pues convenció a cada parte sobre la inminencia del choque, obligando por tanto, a la reestructuración efectiva de las alianzas sobre las cuales se apoyaba cada uno de los Hegemonos.

Una mirada más profunda, ligada a las apreciaciones de las fuentes escritas, obliga a pensar a la Segunda Guerra del Peloponeso más allá de las causas fácticas cercanas y relacionarla con la historia reciente de los beligerantes, concretamente luego de las Guerras Médicas. En esta línea el siglo V es un siglo de inflexión para Grecia, no solo por el hecho de lidiar con el expansionismo persa, sino también por las consecuencias que tuvo al interior luego de los episodios bélicos contra el enemigo oriental. Por obra de la propia fortuna y de la incipiente cultura ateniense, solo conocemos con precisión el caso de Atenas, mientras que del Peloponeso, apenas si contamos con pequeños fragmentos provenientes sobre todo de referencias externas al propio Peloponeso.

¹ Tucídides (2006), *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Barcelona, Gredos

² Acerca de las causas, Tucídides expone un hecho concreto que desencadena un conflicto que se preveía desde hacía tiempo y recalca como causa principal el miedo de Esparta al crecimiento del poderío ateniense. Para otro enfoque acerca de las causas de la enemistad, Hornblower, Simón (1985), *El mundo Griego 479-423 a.C.*, (Cap.2), Barcelona, Crítica. Para un análisis exhausto acerca de los motivos que provocan la guerra, la obra clásica de G.E.M. de Ste. Croix *The Origins of the Peloponnesian War*. London: Duckworth, 1972 ; ver también desde un enfoque más moderno D. Kagan, *La Guerra del Peloponeso*, Edhasa, 2009

Temístocles y la construcción de la *Arkhe ateniense*

La constitución de la *Arkhe* ateniense, quizás la consecuencia más visible de las Guerras Médicas se dio de manera inmediata como resultado del rechazo a la autoridad encarnada por Pausanias, el cual, como general supremo de la Liga Helénica, fue acusado doblemente de comportarse como un tirano frente a los aliados y de haber incurrido en prácticas poco transparentes que le valieron la acusación de medismo “Ya no pudo vivir de la forma habitual, salía de Bizancio ataviado de vestidos persas y una escolta de medos y egipcios lo acompañaba en sus viajes a través de Tracia” (Tucídides, 2006, 237).

Tal acusación y su consecuente castigo, significó un golpe para Esparta en el plano internacional, pues abrió una cuña que permitió cuestionar su poder y produjo un reordenamiento en el cual su lugar rector debió ser compartido con la otra ciudad que había capitaneado la guerra contra el persa. Sin duda alguna, el lugar ocupado por Atenas escapó a la simple casualidad, debiéndose a una multicausalidad que combinaba los problemas de Esparta para hacerse cargo de la situación creada, con a los cambios internos que se habían producido dentro de la misma ciudad³. Los albores del siglo V, irradiaban cambios tangentes en el entramado social e institucional de una Atenas que comenzaba a construirse en base a la integración política de sus territorios. La guerra, claro está, agudizó las tendencias políticas y sociales que se prefiguraban con anterioridad, pero la importancia de las políticas impulsadas por Solón, los Pisistrátidas y Clístenes sobre todo, permitieron una reconfiguración del estado ateniense tanto al interior como al exterior de la misma polis que serán agudizados durante el transcurso del siglo en cuestión. En este contexto hemos de analizar tanto la cuestión persa como la consolidación de Temístocles en la arena política ateniense, entendiendo al conflicto como un vector que impulso cambios pre-gestados sobre la estructura de la ciudad Ática.

³ Dentro de la amplia producción sobre el tema, ver el artículo de Kallet, Lisa (2000) “El siglo V: narraciones políticas y militares”, Osborne, Robin, comp, en *La Grecia Clásica*, Barcelona, Crítica, pp. 197-206 donde, retoma la idea de Tucídides que nuestra a una Esparta en una retirada complaciente ante la inexistencia de opciones por la conflictividad interna. Para otro enfoque, Simón Hornblower (1985), *El mundo Griego 479-423 a. C.*, (Cap.2), Barcelona, Crítica, donde se piensa el período pos persa como un momento de puja por el poder entre Esparta y Atenas.

La construcción de la vida de Temístocles⁴, relatada por Plutarco en sus libros *Vidas Paralelas*⁵, expone quizás mejor que ninguna otra fuente, el quiebre que produjo el surgimiento del general ateniense del demo de Frear dentro de la política ateniense. En efecto la imagen que nos otorgan las fuentes coinciden en mostrar a un individuo que dotado de una inteligencia superlativa en las cuestiones políticas, logró ascender socialmente, torciendo, por así decirlo, la suerte de lo que le había tocado por su humilde origen social. Dicha inteligencia, es puesta usualmente a lo largo de la obra, como algo neutral que fue empleado para fines que pudieran ser útiles o dañinos, cuestión que comienza a ser observada desde muy pequeño, “Ay, niño, tú no has de ser nada pequeño, sino o muy gran bien o muy grande mal” (Plutarco, 1948, 82). Será la misma la que permita la movilidad social de nuestro personaje, siendo esto último posible gracias a las modificaciones políticas llevadas a cabo por Clístenes que de forma manifiesta impulsaron la aparición de hombres nuevos que rompieron con el esquema establecido produciendo a la vez el desenquistamiento del poder político del seno de las familias aristocráticas. En esta línea, las fuentes conservan rastros de lo incomodo que resultó dicho proceso de competencia política entre las nuevas condiciones creadas y una elite reticente a compartir y modificar la forma de hacer política hasta el momento. Por tanto, la pregunta obligada que nos hacemos ha de dirigirse hacia la forma que la sociedad, o al menos ciertos sectores, dieron cabida a las propuestas de Temístocles, y cuáles fueron los problemas a sortear a la hora de implementar dichas políticas.

Antes de la primera invasión persa, Plutarco, relata con una excelsa dedicación al personaje político que en ese momento la aristocracia había hecho depositario de sus intereses y representante de sus valores, Arístides, quien se encontraba en la política “atendiendo únicamente a la seguridad y la justicia” (Plutarco, 1948, 84); el cual se diferenciaba de Temístocles por ser además, de un carácter dulce y bondadoso, que se aplicaba a los asuntos con objetividad, sin buscar por supuesto, la venia de ningún sector social. En tanto, por antonomasia, Temístocles era, aquello que no debía ser ni hacer un político, un personaje que ambicionaba gloria para sí mismo (algo que sin duda estaba ligado a las

⁴ Para referencias directas y abarcadoras sobre este personaje ver el libro de Heródoto, (2000) *Los Nueve libros de la historia*, (Libros 7 y 8), Barcelona, Océano. También véase el libro dedicado por Nepote, Cornelio (1985). *Vidas*. (Cap. 2 Vida de Temístocles) ; Madrid, Gredos

⁵ Plutarco (1948) *Vidas Paralelas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe

imágenes de tiranía que la aristocracia manipulaba en búsqueda de construir entre otras cosas, su propia legitimidad) lo cual se materializaba en la forma de hacer política “En muchas cosas conmovía a la muchedumbre y la arrastraba a grandes novedades y a detenerle con esto en sus progresos” (Plutarco, 1948, 84)

Dichas novedades parecieran ser ambivalentes en su aceptación , teniendo más que ver con los sectores que se beneficiaban de ello que con la metodología en sí, así, observamos que cuando Temístocles arengue al pueblo para convencerlo acerca de la utilización de la producción de las minas del monte Laurio⁶ en la consignación de la Trierarquía a cargo de un ciudadano rico de Atenas, la medida, que eximía a los sectores más ricos de cargar con el peso de la guerra con Egina, no tendrá, o al menos las fuentes no lo registran, oposición alguna. Producto de la posterioridad con la que fueron escritas las fuentes, tanto Heródoto como Plutarco, resaltan la visión a futuro que tuvo Temístocles al llevar a cabo tales medidas. Pero tal paisaje dista de ser monolítico, por el contrario, las dudas acerca del motivo como del fin que perseguía serán una constante en las fuentes, las cuales otorgaran una imagen que ira de situarlo como el gran arquitecto de la estructura ateniense del siglo quinto, como sugiere Tucídides, quien parece atenerse a las cuestiones políticas y los logros de aquel más que a los rumores acerca de sus manejos privados⁷, a la imagen de un personaje ciertamente oscuro con tintes megalomaniacos que anteponía su interés personal por sobre todo. Este último punto ilustra quizás mejor que ninguno los cambios que produjeron las políticas del Freareense en lo tocante a la forma de hacer la guerra y permite matizar la imagen que la historiografía ha legado a cerca de la batalla de Salamina. Sin duda alguna, en este episodio las fuentes yuxtaponen la gran capacidad técnico-estratégica de Temístocles con modos de conducirse en lo privados que rozan la corrupción y la perversidad ética. Esto último se pone de manifiesto durante la etapa previa a la segunda invasión persa, donde, de acuerdo a las palabras de Plutarco, las ansias de aquel por hacerse

⁶ La referencia a este hecho puede observarse desde un abanico bastante extenso en fuentes pero todas parecen acordar similares conclusiones respecto a la medida, siendo distinto el detalle de las mismas. Para una explicación alternativa respecto a la puesta en marcha de la medida, Aristóteles (1984), *Constitución de los atenienses*, Madrid, Gredos, pp. 102-110

⁷ Para ampliar dicha imagen, véase Tucídides (2006), *La guerra del Peloponeso*, Barcelona, Gredos, pp. 243-255. Para una contextualización de la fuente y un análisis claro y explicativo: Mosse, Claude (1987) *Historia de una democracia. Atenas. Desde sus orígenes a la conquista de Macedonia*, Madrid, Akal

del generalato, lo llevaron a comprar a un tal Epicydes que buscaba lo mismo, pero que como demagogo, era al parecer, fácilmente influenciable y, para sacarlo del medio, Temístocles compró su ambición y éste término bajándose de la puja. El ejemplo, bien podría servir para mostrar, por un lado a un Temístocles en una posición política más endeble de la que comúnmente suele darse por sentada historiográficamente, y por otro lado, la manipulación que su figura podría haber sufrido ante el accionar y la puja por el poder que llevo a cabo durante la etapa en cuestión. Fuera de ello, la cuestión estratégica, lejos estuvo de mantenerse remisa a los planes de Temístocles, por el contrario, la validación de aquella hubo de ponerse a prueba tanto interna como externamente. Vale dedicarle a la primera un poco más de atención pues en la aceptación de la misma se encuentra particularmente la idea de ciudadanía que toma fuerza en el futuro, pudiéndola quizás emparentar con aquella que, durante la Guerra del Peloponeso, el mismo Pericles se encargara de defender. Respecto a la misma es necesario observarla atada a las peripecias mismas de la guerra y a la decisión mancomunada de establecer de común acuerdo líneas defensivas. El problema, una vez llegado Jerjes a Grecia, fue donde situar las barreras, planteándose la dicotomía entre los intereses de las polis de la zona central, cercanos también a los atenienses, que proponían no abandonar todo el territorio al ejército persa y los intereses de las ciudades del Istmo y el Peloponeso, que eran partidarias de la concentración efectiva en una línea defensiva establecida en el territorio del Istmo de Corinto en caso de que el ejército Persa batiera las defensas establecidas sobre su paso hacia el sur. Con la amenaza sobre Atenas, la tarea de Temístocles se mostró ardua, en el sentido de que la validación de la estrategia que finalmente se implementará, no conto desde un primer momento con el beneplácito de la sociedad ateniense, o al menos de ciertos sectores:

Apenas se encargó del mando, dio calor al pensamiento de trasladar los ciudadanos a las naves, persuadiéndoles que abandonando la ciudad saliesen al encuentro del bárbaro por mar lo más lejos de la Grecia que se pudiese. Opusiéronsele muchos, y entonces condujo gran ejército, en unión con los lacedemonios, a Tempe, para defender allí la Tesalia, que todavía no se creía adicta a los medos. (Plutarco, 1948,88)

Pero, una vez despejado la ruta hacia Grecia central, la situación exigió una resolución. La tarea del frearenses, aunque matizada por Plutarco, fue realmente tortuosa y puesta al parecer en un segundo plano, al destacar la entrega de los aristoi a través, por ejemplo, del comportamiento de Cimón como el del buen aristócrata que se conduce con el ejemplo entendiendo que en el momento “la patria no necesitaba de fuertes caballos sino de buenos marineros” (Plutarco, 1950,14). Por tanto, la resolución del abandono del Ática y la elección del mar como campo de batalla, le otorgó a la flota un peso mayor que sólo el de ser un apoyo a los ejércitos terrestres, y hubo de ser posible más bien a la presión del persa sobre los márgenes fronterizos, conjunto con una correcta lectura de Temístocles acerca de la mejor disposición táctica, combinada con una interpretación alternativa acerca del vaticinio de un oráculo delfico que designaba la mejor defensa a aquella que se hiciese a través de los muros de madera, que al real convencimiento de ser una decisión adecuada para enfrentar al persa. Aun así, nos informa Plutarco, el Areópago, debió de estimular económicamente a los marineros, a sabiendas que dicho estímulo podría tener resultados positivos en a la tripulación de las naves y su correcta disposición en la futura batalla. En relación con esto último vale detenernos en un punto que ilustra quizás uno de los quiebres más significativos de la historia ateniense, y este es el que operó con la elección de una estrategia bélica que negó de alguna manera, la tradición hoplítica de la ciudad y exigió la entrega por abandono del símbolo de la ciudadanía ateniense, la tierra. Es aquí donde podemos observar una especie de germen en una nueva concepción de ciudadanía y un nuevo papel de la ciudad de Atenas en el plano internacional. En relación a esto último, una vez evacuada el Ática, la tarea de buscar consenso sobre la disposición estratégica planificada en base al reconocimiento de los recursos disponibles como del conocimiento del terreno y las ventajas derivadas de ello, tampoco fue una tarea fácil, pues encontró resistencias de parte de los Aliados, comandados por Esparta, que se negaban a partir la defensa y preferían concentrar los recursos en el Istmo para la defensa final “Alegando que de salir vencidos en el combate, si estaban en Salamina, serian sitiados en una isla adonde no les llegaría socorro alguno”(Heródoto, 2000, 479). Un pasaje de Plutarco, expone el ataque de un aliado donde sugiere lo poco razonable que era seguir a un hombre sin ciudad, pero es la respuesta de Temístocles la que en una primera instancia, nos da la pauta a la

hora de entender lo conflictivo que resultó el momento y cuál fue la manera en la que se logró, finalmente convencer a los aliados

Infeliz-le dijo-nosotros hemos abandonado nuestras casas y nuestras murallas porque no hemos creído que por unas cosas sin sentido debíamos sujetarnos a la servidumbre, pero aun así poseemos la ciudad más poderosa de la Grecia, que son esas doscientas galeras, las cuales están a vuestra disposición y en vuestro auxilio sin pensáis en salvaros, pero si por segunda vez os retiráis traidoramente, bien pronto sabrán los griegos que los atenienses son dueños de una ciudad libre y de un país nada inferior al que han dejado (Plutarco, 1948,94)

Es el peligro de defección aquello que motivará finalmente a Esparta a aceptar la defensa marítima, aunque, de acuerdo tanto con Heródoto como con Plutarco, fue un ardid de Temístocles el que no le dio opción a presentar batalla en Salamina. Finalmente el éxito frente al persa, expondrá las dotes del general ateniense y lo coronará como el gran constructor de la defensa frente al enemigo, aunque una mirada más exhaustiva, nos permite observar que las críticas hacia la figura de este, lejos estuvieron de presentar la monotonía con la que usualmente se explica a este periodo. En este sentido, Heródoto, ya finalizada la guerra, lo muestra como un sabio accidental, alguien que en realidad no había hecho más que seguir los consejos de otros personajes.⁸

La dificultad que presenta la comprensión del periodo se da a nuestro entender por la yuxtaposición que se establece entre el éxito de Salamina y las características personales de Temístocles. Ahora bien, es necesario calibrar la imagen tratando por un lado de reconocer que las políticas aplicadas exponen la magnífica lectura que Temístocles hubo de hacer tanto antes como durante las Guerras Médicas así como su participación en representación del pueblo ateniense, o al menos de sus sectores dirigentes, en la conformación de una Atenas soberana, libre de la auditoria peloponesia, que se pensaba, de acuerdo al papel en el rechazo al persa, capaz de asumir la dirección de los aliados, y por otro lado , en relación al segundo punto, las cuestiones personales parecieran demostrar el rechazo que provocó una figura que pareciera apelar a otros sectores para gobernar y legitimarse, como también esgrimir otra manera de hacerlo, desplazando del lugar de privilegio a sectores que hasta el momento monopolizaban la política como también la forma de hacer la guerra.

⁸Heródoto ,(2000) *Los Nueve libros de la historia*, (Libro 8), Barcelona, Océano, pp.480-481,498-499

La Guerra del Peloponeso. La estrategia de Pericles

El pie para explicar la estrategia bélica adoptada durante la Segunda Guerra del Peloponeso procede de la idea de la coherencia esgrimida por Pericles al operar sobre una base pretérita enriquecida por el éxito de la política imperialista durante la Pentecontecia. Este período, que se inicia luego de la primera fortificación del Ática a instancias de Temístocles, es el de mayor crecimiento económico, social y cultural de la ciudad, unido a una gradual pero aguda afirmación del sistema político democrático que de algún modo aunaba los intereses de los distintos sectores políticos, sin suprimirlos, desde ya, en pos de un proyecto común que se expresaba en el dominio marítimo ateniense.

Los acontecimientos periféricos de Corcira y Potidea no fueron más que la confirmación de un conflicto latente, que luego de la invasión tebana de Platea, expondrán las contradicciones sobre las que se basaba el pacto de no agresión estipulados entre los representantes de cada bloque hacía el año 445 a.C. Finalmente la invasión del Ática en la primavera del año 431 a.C sintetizó dos cuestiones, por un lado, una Esparta que había decidido apoyar a sus aliados en la iniciativa de emprender una guerra para evitar la defección interna, y por otro una Atenas, celosa de su soberanía, que había rechazado en sucesivas oportunidades cualquier intento de intromisión en lo que entendía como sus asuntos domésticos. En esta línea, como bien lo explica Domingo Plácido, la guerra termino oponiendo dos estrategias contrapuestas como “resultado de la diferente estructura social [de los contendientes]” (Placido, 1997, 27)⁹. Es a través de los líderes de ambos bloques que nos llega la forma de diagramar las batallas, eligiendo de acuerdo a la disponibilidad de recursos, y a la mejor forma de emplearlos en su propio provecho. En efecto, en las etapas previas a la guerra, los espartanos se habían mostrado renuentes a entablar un conflicto que sabían difícil e incierto, particularmente por cuestiones materiales, que influían en lo dificultoso de plantear una guerra contra un enemigo que, según el relato de Tucídides, se presentaba inexpugnable en el ámbito donde basaba su poder, pero, los

⁹ Para un análisis exhaustivo de la estrategia militar orientado desde lo social, Plácido, Domingo (1997), *La Sociedad Ateniense. La evolución social en Atenas durante la guerra del Peloponeso*. Barcelona, Crítica, (cap. 2). Véase También, desde otra perspectiva la explicación de la estrategia formulada por Simón Hornblower (1985), *El mundo Griego 479-423 a.C.*, Barcelona, Crítica pp.163-192. Véase también un análisis detallado acerca de la guerra en el mundo antiguo, Abad Sáez, Rubén (2004), “*La Poliorcética en el mundo antiguo*”, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, (www.ucm.es)

conflictos desatados luego de los sucesos de Corcira y Potidea, habían puesto a Esparta ante la obligación de moverse a riesgo de que, en caso de no ultimar a Atenas, quedase su base de poder diezmada ante la defección interna. Las palabras de Arquídamo al respecto ilustran la dicotomía entre la presión de los aliados, especialmente Corinto¹⁰, afectada por la expansión ateniense, para lograr una guerra que difícilmente tuviera un fin célere, como prometían los corintios “temo más bien que la dejemos a nuestros hijos como herencia” (Tucídides, 2006,149) y los intereses espartanos, que, sin rehuir de la guerra, establecieron el punto nodal a reforzar si se deseaba alcanzar el éxito “Empecemos, por tanto, por procurarnos dinero, antes de dejarnos arrastrar por los discursos de nuestros aliados” (Tucídides, 2006,149). En este sentido, por una doble vía, la prudencia espartana, que sabía que la guerra era inevitable, combinó el aprovisionamiento para el conflicto, como el juego diplomático en búsqueda de retrasar la guerra en palabras de Tucídides. Respecto a Atenas, la idea acerca de la inminencia de la guerra también era compartida, de hecho los consejos que impartirá Pericles, se dirigirán a preparar psicológicamente a la población para algo que sabía inevitable. En sentido concreto, los atenienses, en la figura de Pericles mantuvieron firme su convicción acerca de su inocencia respecto a la ruptura del tratado, y será este, la figura que se erigirá en defensa de lo que entendía como una lucha por la soberanía, como también, será, conforme transcurran, la más resistida, precisamente, por la forma en la que había dispuesto la guerra. El convencimiento de Pericles acerca del éxito radicaba en el correcto entendimiento de las bases sobre las cuales descansaba el poder ateniense, esto es el dominio marítimo al cual anteponía sobre cualquier otra cuestión, a la vez, dicha valoración positiva del lugar ocupado por Atenas, partía del conocimiento de las limitaciones del enemigo “Los peloponesios trabajan ellos mismos la tierra y no tienen capital ni privado ni público; a esto se une que no tiene experiencia en guerras largas y de ultramar porque, a causa de su pobreza solo toman las armas para breves luchas entre ellos” (Tucídides, 2006, 258). He insiste, que “[...] son solo las reservas monetarias, más que las contribuciones obligatorias la que sostiene la guerra” (Tucídides, 2006, 258). Este último punto, lo lleva a reflexionar acerca de los dos modelos en pugna y sentencia la incapacidad espartana para “[...] sostener una guerra contra una organización militar que no es como la

¹⁰ Un interesante aporte sobre el tema lo provee el análisis de Fornis, César (1996), *La sociedad corintia en la guerra del Peloponeso*, Madrid, Gerión, N°14

suya, puesto que, al no contar con una asamblea única, no pueden llevar nada a término sobre la marcha” (Tucídides, 2006, 259)

En la estrategia financiera de Pericles, la claridad expone nítidamente la experiencia del estratega y el conocimiento del enemigo. En lo que pareciera una escala jerárquico-evolutiva, la sentencia acerca de la superioridad de la estructura es taxativa y se combina con la experiencia militar que ha ganado el demos en los años transcurridos de dominio ateniense¹¹. Aun así, Pericles pareciera advertir que la superioridad táctica no asegura el éxito, sino que este, más allá de lo fortuito de cualquier episodio bélico, está ligado a la forma de disponer estratégicamente de tales recursos, el cual, puede, resultar molesto, o no ser aceptado por parte de la sociedad. En concreto, en sus discursos previos a la batalla, observaremos un Pericles que, seguro de cuál es la mejor forma de hacer la guerra, pareciera apuntar a buscar cierto consenso con aquellos sectores que estima que no verán con buenos ojos lo que ira a proponer

Es menester que nos atengamos lo más posible a esta idea [la de presentar batalla sobre el mar] y que, abandonando las tierras y las casas, vigilemos el mar y la ciudad, y que a pesar de estar irritados por la pérdida de aquellas, evitemos trabar batalla con los peloponesios [...] no debemos lamentarnos por las casas y por la tierra, sino por las personas: estos bienes no consiguen hombres, sino son los hombres quienes consiguen bienes (Tucídides, 2006, 263, 264)

Las palabras de Pericles clarifican la situación, pues este no duda en la superioridad ateniense en la disponibilidad de recursos, pero al parecer, si lo hace respecto las consecuencias que pudieran traer los problemas internos que pudieran provocar un cambio de rumbo, por ello añade, que a la necesidad de trasladar al demos rural dentro de la ciudad y velar por la seguridad marítima, ha de agregársele la necesidad de mantenerse firmes sobre las bases que ya poseían “[...] si estáis dispuestos a no extender el imperio durante la guerra y a no correr riesgos voluntariamente” (Tucídides, 2006,265). El abandono del

¹¹ Es muy interesante la afirmación que Tucídides pone en boca de Pericles, que llega a preguntarse de que manera unos campesinos pueden lograr algo digno (Tucídides, 2006,261). Sobre la idea de ciudadanía y la reformulación marítima de la misma por Pericles, ver Plácido, Domingo (1997), La Sociedad Ateniense. La evolución social en Atenas durante la guerra del Peloponeso. Barcelona, Crítica, (cap. 2) donde el autor expone de forma brillante las ideas de la Polis en la discursividad de Pericles y la concepción del mismo en la contemporaneidad del estratega.

espacio rural era clave para Pericles, pues hacia efectivo el diagrama urbano-defensivo sin provocar de hecho grandes trastornos económicos siempre y cuando se garantizara el sostenimiento de la *Arkhe*. Aun así, este hecho, simple en las palabras implicaba, o al menos así parece pensarlo el general ateniense, la necesidad de mantener una estabilidad interior y exterior, que, preveía difícil de conseguir. Por tanto, las palabras de Pericles parecen anticipar que los mayores peligros no provienen en gran medida de la Estrategia propuesta por el enemigo sino del peligro que podía ocasionar la discordia al interior de Atenas. La medida de abandonar las tierras al enemigo, una decisión que como vimos en el caso de las invasiones persas, también despertó la oposición, durante la etapa de Pericles no será la excepción, pues suponía, más allá del trastorno, un relegamiento de aquel lugar donde el demo rural desarrollaba su vida y sus costumbres¹², pero por sobre todo, era el elemento que, en relación a lo primero, definía en parte, su pertenencia como ciudadano al Ática.¹³ En este sentido entendemos las sucesivas alusiones de Pericles a tratar de legar una imagen de ciudadanía en clave netamente política y cultural, despegándola de su raigambre material. En cuanto a ello, vale aclarar que no solo Pericles preveía la necesidad de superar conflictos externos a través de suprimir cualquier tipo de problema interno, sino también así lo veía Arquídamo, que en su discurso previo a la invasión del Ática, no promete una estrategia osada sino que apunta a provocar molestias intestinas dentro de la misma, sosteniendo que una vez que los peloponesios arrasasen con el territorio, muy difícil le resultaría a los atenienses quedarse quietos, pues suponía, como en efecto ocurrirá, que una parte de la ciudadanía saldría a su cruce deseosa de defender sus propiedades mediante un combate por tierra, donde el espartano entendía que estaba su ventaja. La primera parte de la guerra, parecen confirmar los planes del general espartano, y si el éxodo interno había supuesto un trastorno, la presencia del ejército confederado peloponesio dentro del territorio ateniense será la confirmación de un desánimo y un rechazo parcial hacia la propuesta de Pericles. Una vez llegado a Acarnas, la situación interna del Ática discurrió según los planes espartanos, ya que una gran parte del demo busco la manera de presionar a Pericles para lograr un cambio en la estrategia. El hecho se presentó tan grave, que, como dice Domingo Placido, la cuestión interna estuvo, al borde de la explosión, mostrando a un

¹² Tucídides otorga las razones sociales y culturales que motivaban el fastidio que supuso el éxodo al interior de la ciudad, (Tucídides, 2006, 313).

Pericles firme en sus convicciones pero temeroso de lo que pudiera ocurrir si proponía tratar el tema entre el demo, este hecho se refleja en la no convocación de la asamblea. En este sentido, en la línea establecida por Plácido, la guerra termina por poner de relieve las contradicciones que existían con anterioridad a la misma. En relación contesto último, observamos las palabras de Pericles, apuntan a mantener la unión del tejido social ateniense, sin apelar a falsas promesas, sino más bien a la concientización de la necesidad de poner los intereses comunitarios por sobre los individuales, privilegiando categorías políticas por sobre las penurias materiales, entendido tal trueque como pasajero y en pos del bien de todos por igual. Transcurrido el primer año de Guerra, el discurso fúnebre pronunciado en el invierno del 430-431 a.C, Pericles expone magníficamente aquello conseguido en el pasado conjunto con las ventajas de un sistema político democrático que exige la entrega de todo ciudadano en pos del bienestar común, la necesidad de mantener lo conseguido a través de la reflexión de como se lo ha conseguido y cuáles son los peligros de perderlo “el dolor no procede de los bienes de los que uno se ve privado sin haberlos experimentado, sino aquel del que uno ha sido desposeído una vez habituado a él” (Tucídides, 2006, 354).

El sentido del mismo expone el lamento por los hombres que ha perdido Atenas, pero pareciera dirigirse concretamente a algunos sectores de la polis que comienzas a mostrarse inquietos, rivalizando e impugnando incluso, la estrategia de Pericles y del resto de los estrategos, en pos de obtener una estrategia que se acomodase mejor a sus intereses. Esto último parece cobrar mayor fuerza durante el segundo año, donde las fuerzas espartanas invaden nuevamente el territorio ateniense, esta vez adentrándose aún más en territorio ateniense, lo cual se combinó con la propagación de la peste. Si bien las acciones punitivas de los atenienses habían mostrado lo endeble que resultaba la defensa de la costa del Peloponeso, la figura de Pericles seguía siendo objeto de críticas, sobre todo de cierto sector que no renegaba de la guerra, sino en todo caso, de la forma en la que se emprendía. Durante esta etapa, la presión de sectores que parecieran estar claramente vinculados al sector agrario como también de sectores juveniles da la mera impresión de aumentar en la búsqueda de dar por tierra con una estrategia que consideraban nociva a sus intereses. La imagen otorgada por Tucídides no deja dudas acerca del conflicto presentado así como sugiere que la crisis interna pareciera tornarse aguda, amenazando incluso la continuidad

institucional, la cual se expresó en la reacción interna ante la llegada de los peloponesios a la zona de las minas de Laurio, algo que terminó provocando la ira de un sector del demos llegando incluso a poner en dudas las autoridades establecidas “Los atenienses habían cambiado sus sentimientos, acusaban a Pericles de haberlos persuadido a hacer la guerra y de ser el responsable de que hubieran caído en desgracias, y anhelaban llegar a un acuerdo con los lacedemonios, le enviaron incluso unos embajadores, pero no consiguieron nada” (Tucídides, 2006, 377) . De forma expresa, la idea de alejar a Pericles tomara cuerpo y le valdrá la imposición de una multa y el alejamiento del cargo que ocupaba. Pero vale remarcar, que durante la defensa de su estrategia, Pericles volverá a combinar, ante una asamblea convocada por él mismo, el realce de los valores comunitarios conjunto con la necesidad de asumir la idea de lo inevitable del conflicto y en las responsabilidades compartidas acerca del mismo, “Hay que dejar, pues de dolerse por los sufrimientos individuales y ocuparse de la salvación de la comunidad” (Tucídides, 2006, 380). En este último discurso, las razones expuestas por Pericles lejos estuvieron de buscar agradar a la mayoría, por el contrario, sus palabras se dirigieron expresamente a la necesidad de sostener el modelo, uniendo la grandeza de Atenas con el desarrollo de la política marítima. En un pasaje del mismo, afirma que el lugar que ocupa la ciudad en el plano internacional

[...] nada tiene que ver con el disfrute de las casas y las tierras, a cuya privación dais una gran importancia; y es razonable que os disgustéis por ellas; debéis más bien considerarlas, en comparación con esta potencia, un jardín de recreo y un lujo de rico, y darles escasa importancia, y tener en cuenta además que la libertad, si nos ocupamos de ella y conseguimos conservarla, reparara fácilmente estas pérdidas, mientras quienes se someten a otros suelen ver disminuidas, asimismo, las posesiones que tenían (Temístocles, 2006, 381)

La cuestión que evoca la imagen que nos otorga el relato de Tucídides, tiende a poner de manifiesto que aquellas cuestiones que parecían zanjadas durante el desarrollo del siglo V, dependían en gran medida de la capacidad para garantizar la infabilidad de la seguridad externa. Ante las fallas de la misma, la concordia social, que había sido medianamente constante durante los cincuenta años de crecimiento ateniense, fue puesta en cuestión. En este sentido, aquella capacidad sintetizadora de intereses que parecía ser una característica

de intrínseca de Pericles, se vio disminuida. Las constantes pruebas de validación social que hubo de dar ante los requerimientos de un sector de la sociedad ateniense encendieron nuevamente la llama de la *Stasis*, oponiendo, al menos así lo muestran sus discursos, los intereses de la mayoría a los de una minoría preocupada por el destino de sus propiedades. La puja a la que nos permite acceder Tucídides mediante el relato de los conflictos sociales desatados durante los últimos tres años de vida del general ateniense, el cual como vimos se vio obligado a la continua validación de su disposición de guerra, no pareciera diferir de los problemas que hubo de enfrentar el mismo Temístocles a la hora de validar sus planes estratégicos para enfrentar al persa. La muerte de Pericles hacia el 429 a.C. significará para Atenas un vacío de poder del que no se recuperará nunca, precisamente por la inexistencia de una figura que pudiese actuar como un agente capaz de yuxtaponer los diferentes intereses que confluían en su seno y aunarlos en un proyecto común.

Bibliografía

- Abad Sáez, Rubén (2004), “La Poliorcética en el mundo antiguo”, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, (www.ucm.es)
- Aristóteles (1984), Constitución de los atenienses, Madrid, Gredos
- Fornis, César (1996), “La sociedad corintia en la guerra del Peloponeso”, Madrid, *Gerión*, N°14, pp.1-24
- Heródoto ,(2000) *Los Nueve libros de la historia*, (Libro 8), Barcelona, Océano
- Hornblower, Simón (1985), El mundo Griego 479-423 a.C., Barcelona, Critica
- Kagan, Donald, La Guerra del Peloponeso, Edhasa, 2009
- Tucídides (2006), *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Barcelona, Gredos
- Mosse, Claude (1987) Historia de una democracia. Atenas. Desde sus orígenes a la conquista de Macedonia, Madrid, Akal
- Nepote, Cornelio (1985). Vidas. (Cap. 2 Vida de Temístocles) ; Madrid, Gredos
- Plácido, Domingo (1997), La Sociedad Ateniense. La evolución social en Atenas durante la guerra del Peloponeso. Barcelona, Crítica
- Plutarco (1948) Vidas Paralelas, Buenos Aires, Espasa-Calpe
- G.E.M. de Ste. Croix the Origins of the Peloponnesian War. London: Duckworth, 1972